

mano, viene á echarme hiel y ajenjo en la bebida. Tu celo es indiscreto, es cruel. ¡Ay! Siento que se me va la cabeza... Acudidme...
(Se deja caer en un asiento y le rodean todos.)

- SUS. ¡Padre! ¿Qué es eso? Aire, aflojadle un poco el cuello...
- BEN. Se ha puesto amoratado...
- ISM. Hermano... Yo no sabía que tu salud...
- BEN. Has venido en mala ocasión, por lo menos... Le has dado un golpe acaso mortal. Que busquen médico á toda prisa...
- SUS. Ya abre los ojos. ¡Padre!
- SIM. Qué, ¿eres tú, hija? ¿A dónde me habéis trasladado? Enciende luz...
- SUS. ¿Qué dices, padre querido? ¿Luz? ¡Si la hay á torrentes!
- SIM. ¿Cómo? ¿Hay luz? ¿Dónde? No veo más que tinieblas... Negrura!.. ¡Ah! ¡Sí, sí! ¡Eso es, eso es! ¡Ciego! ¡Ciego! ¡Me he quedado ciego!
- SUS. ¡Ciego! ¡No, no será! ¡Un accidente pasajero!
(Le abraza y le besa con ternura.)
- BEN. ¡Ciego!
- EZEQ. ¡Ciego! Mía es la casa.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un sitio pintoresco en el parque del cazadero La Solanera, propiedad de los Leyvas. Puede verse ó no el castillo, en todo ó en parte, y debe entreverse, al fondo, una magnífica verja de entrada. Debe comprenderse que es un parque muy cuidado y suntuoso. Mesa de piedra, asientos, bancos. Perspectiva de sierra castellana.

ESCENA PRIMERA

SIMÓN DE LEYVA, LAZARILLO. Entran por la izquierda, sosteniendo y guiando Lazarillo á Simón; al llegar cerca del banco, le ayuda á sentarse en él, y saca del bolsillo de la chaqueta un rollo de periódicos, que deposita sobre la mesa

- SIM. ¡Ajá! Mi banco de costumbre... Siéntate tú también; descansa.
- LAZ. ¿Yo? Yo no estoy cansado, señor.
- SIM. ¡Ya lo creo que no lo estarás! ¡A tu edad! ¿Cuántos años tienes, Lazarillo?
- LAZ. Catorce... Catorce y tres meses.
- SIM. ¡Envidiable edad! A los catorce años yo era pobre... pero...
- LAZ. (Admirado.) ¿El señor ha sido pobre alguna vez? ¿Pobre... así... como los pobres?
- SIM. Sí por cierto... Con la bolsa vacía... vacía del todo. ¡Vivía más alegre!
- LAZ. Pues yo vivo apesadumbrado, porque mi

- padre está enfermo y mis hermanitos no lo pueden ganar aún. Pienso mandarles mi soldada entera á fin de mes, ya lo creo.
- SIM. Les recomendaré á mi hijo Ezequiel, para que se acuerde de ellos en sus obras benéficas.
- LAZ. ¡Oh, gracias, señor, gracias! (Le besa con efusión la mano.) ¿Quiere el señor que le lea las cotizaciones?
- SIM. Déjate de eso... Háblame un poco...
- LAZ. ¿De qué me manda hablar?
- SIM. De lo que quieras... De lo que pasa aquí... á nuestro alrededor... ¿Hace hoy un día muy hermoso, no es verdad?
- LAZ. Hermosísimo... ¡El sol parece una bola de fuego! ¡Y un aire tan claro! ¡Y un cielo tan azul!
- SIM. ¡Dichoso quien goza de eso! Escucha, muchacho... ¿Por mucho dinero venderías tú los ojos conque ves tanta gloria? No te asustes, que nadie piensa en sacártelos... Contesta... Si eso fuese posible, si los ojos se vendiesen y se comprasen... ¿los venderías?
- LAZ. (Pensativo.) Por mucho, mucho, mucho dinero... ¡Tenía que ser muchísimo! (Pausa.) ¡No! ¡No! ¡Si fuese un pie, una maró... ¡Los ojos, no!
- SIM. ¡Ay de mí! ¡Todo mi capital por la vista!

ESCENA II

DICHOS Y EZEQUIEL

- EZEQ. ¿Cómo te encuentras, padre? Bien, ¿no es es cierto? ¿Con ánimos para tu acostumbrado paseito?
- SIM. ¡Mi paseo! ¡Mi paseo! Una carrera en la oscuridad, arrastrado por algo que no sé si son caballos, recorriendo caminos que no sé adonde conducen. Cruzo un país de bendición... no lo veo. Cruzo un páramo... no lo

- veo. ¡Y ver el páramo más desierto sería la felicidad!
- EZEQ. No hay que desconsolarse... Animo, y que pongan el coche.
- SIM. (A Lazarillo.) No, dí que hoy no salgo... (Vase Lazarillo.)
- EZEQ. Como quieras... Y puesto que tienes un momento para escucharme, escúchame... Sentiré que no comprendas la buena intención que me guía... Tú no puedes ya ocuparte personalmente de todo como antes de tu desgracia.
- SIM. He cegado, pero no me he muerto, pésele á quien le pese...
- EZEQ. Afortunadamente no has muerto, no... Pero estás fatigado, sin vista, sin ganas de trabajar, sin ilusión... Y esto sobreviene en el instante en que empezabas á imprimir á tus proyectos gigante impulso... Ese *trust* que iniciabas... y los demás negocios, por fuerza han de resentirse, á no ser que permitas que te ayudemos.
- SIM. Creo que, enfermo y todo, me basto para dirigir la casa.
- EZEQ. Dirigir, convenido; pero una dirección desde lo alto, sin descender á la labor diaria... Eso debe ser cuenta nuestra... ó mejor dicho, cuenta mía: soy el mayor; mi derecho es anterior al de Benjamín. Y, además, Benjamín, tú ya lo sabes, no es un hombre enteramente serio... Sólo piensa en deslumbrar con su lujo; sólo piensa en el triunfo social.
- SIM. Abierto traes el apetito; quieres comer solo... Yo dispondré lo que tenga por conveniente, cómo y cuándo me plazca... Quieres hacer que asista, viviente, á la ceremonia de mi entierro... Todavía es temprano para unirme y depositarme en el hueco de la peña... ¿Que estoy sin vista? Aún no he agotado los recursos de la ciencia, aún no he ido á Alemania á intentar mi curación...

- EZEQ. Tu curación... Esperémosla... Pero sé razonable, padre. ¿No comprendes que en negocios, un día perdido puede costar una millonada?
- SIM. ¿Tal sed de oro tienes? ¿No somos bastante ricos?
- EZEQ. ¿Eres tú quien dice eso? De dinero y de vida—repito tus palabras—nunca hay sobra. Comprometes por tu terquedad intereses inmensos. Permíteme que te lo diga, faltas á tu deber; dejas indefensa la casa... Resuélvete, dame el medio de que la defienda yo.
- SIM. Cállate; tu voz me entra en los sesos como una barrena. Me fatigas, Ezequiel, y no me persuades. Vete y que venga Susana.
- EZEQ. Aunque no me persuades tampoco, te obedezco como hijo sumiso.. (Aparte.) ¡Ah! Ahí viene Benjamín... No me alejaré hasta saber qué trae... (Se oculta rápidamente detrás de un macizo de plantas.)

ESCENA III

DICHOS Y BENJAMÍN

- BEN. (Sin ver á Ezequiel.) Hola, padre... ¿Cómo anda esa salud? Algo decaído te encuentro hoy.
- SIM. Pudieras ejercitar un piadoso engaño y decir que me encuentras perfectamente.
- BEN. Si no es que estés peor... Es que se me figura que te dejas abatir... Y tú, que eres un espíritu práctico, no debes consumirte eternamente por lo que ya... no tiene remedio.
- SIM. ¿Que no tiene remedio mi mal?
- BEN. Al menos eso creen los médicos... Yo supuse que lo sabías.
- SIM. (Enfurecido.) ¿Que no tengo remedio? ¿Ciego toda la vida? ¿Y tú me lo notificas? ¡Mientes, ingrato! ¡Me falta recorrer el mundo,

- consultar á todas las eminencias, una por una, sembrar dinero hasta recobrar la amada luz de mis pobres ojos! ¿Para qué quiero, sinó, mi fortuna, lo que he ganado, lo que se me debe á mí, á mí exclusivamente? Esparciré al viento mi caudal, haré correr un río de oro, me bañaré en él y curaré. ¡Curaré á despecho vuestro, desagradecidos!
- BEN. Vamos, vamos, no te pongas así; no me has entendido bien.. Yo confío en que recobrarás la vista... Pero ese feliz suceso puede retardarse indefinidamente, y entonces...
- SIM. Entiendo, entiendo... Vienes á proponerme que te dé poderes, instrucciones, facultades... á tí, á tí solo, con exclusión de Ezequiel...

ESCENA IV

DICHOS; EZEQUIEL, saliendo de su escondite

- EZEQ. Y aquí estoy para no consentirlo.
- BEN. ¿Nos atisbabas? Ya hace días noto que cuando me acerco al padre surges tú, impidiendo que le hable, que él me oiga.
- EZEQ. Debo hacerlo, porque tú tratas de apoderarte de su voluntad, en perjuicio de mi derecho y del interés de los Leyvas.
- BEN. Tu derecho... es igual al mío.
- EZEQ. No tal; pero aunque así fuera, tú no sirves para llevar los negocios pendiente.
- BEN. ¿Por qué me declaras inútil?
- EZEQ. Porque sólo piensas en vanidades, en rozarte con ociosos encumbrados y eclipsarles y tenerles á tus pies.
- BEN. Y tú, por tu parte, afectando gravedad, eres juguete de un capricho, derrochas en alhajas, sostienes el lujo fastuoso de Lucy Silva.
- EZEQ. ¿Suponías que yo lo ignorase? No consentiré que fiscalices mis actos.

- BEN. No los fiscalizaré si tú no ejerces sobre mi igual insufrible tiranía.
- EZEQ. En el estado en que se encuentra el padre, y conociendo tus mañas, me toca velar...
- BEN. ¡Te conozco! ¡Codicioso!
- EZEQ. ¡Vicioso, saco de vanidad!
- SIM. (Levantándose gesticulando.) ¡Eh! ¡Basta! ¡Basta! El padre ha resuelto no someterse á vuestras iniquidades. ¡Alto ahí! Nadie alce la voz estando yo presente... Nada ha cambiade; aquí no hay sino la voluntad de Simón de Leyva... Tú, Ezequiel, si eres tan correcto, echa un cerrojo á tu boca... Tú, elegante Benjamín, organiza tus cacerías, entrégate á tus deportes y enfrena tu lengua, que la lengua, dice la Sabiduría, derriba el muro... Y el primero que se atreva á desmandarse delante de mí, á fe de Simón que lo arrojé avergonzado de mi hogar, peor que al pródigo.
- BEN. ¡Sea como tú quieras! ¡Calló! Callaré... hasta lo gravísimo que venía á decirte, y que á todos por igual nos importa.
- EZEQ. ¿A todos? Explicáte.
- SIM. Bien, habla.
- BEN. Hablaré, y verás, padre, como los que más afectan formalidad no son los más vigilantes de la honra. ¡Sí, de la honra! Nuestra hermana.
- SIM. ¿Qué? ¿Qué vas á decir de mi lirio blanco? Solo ella me acompaña y acaricia, solo ella ilumina un poco la noche que me rodea.
- BEN. Bueno, atiende y aprende... Ya sabes que pensábamos en casar á Susana con el duque de Altacruz. Tu desgracia suspendió este proyecto, ó mejor dicho, le sirvió á Susana de pretexto para que se aplazase... Fernán Altacruz ha venido aquí dos ó tres veces y Susana ni se ha presentado... El desaire ha sido completo...
- SIM. Tu tío Ismael tiene la culpa... La fanatizó... Sigue fanatizándola...

- BEN. Eso cree tu candidez... Desengáñate... Susana no mira la fe que profesa un hombre... si ese hombre es de su agrado.
- SIM. ¿He oído bien? ¿Te refieres á tu hermana?
- BEN. ¿A quién si no?... Las noticias que voy á darte te probarán que cuando una enfermedad nos vence, tenemos que transmitir la autoridad á personas que puedan ejercerla... Escucha... y escucha tú también, Ezequiel, con buena voluntad... Porque ahora debemos unirnos... Susana, casi todas las tardes, habla en este parque mismo con un hombre.
- SIM. ¡No puede ser! ¡Mi paloma! ¡Mi rosa de Jericó!
- BEN. Ella, ella, tu rosa.
- SIM. ¿Y quién es ese hombre?
- BEN. Lo sospecho, pero no lo sé de cierto aún. Sin embargo, juraría... Mis noticias son recientes, de esta mañana, pero son auténticas, de testigos de vista. ¡Oh! cuando yo me propongo informarme...
- SIM. Hijo mío Ezequiel, ¿debemos creer lo que asegura Benjamín?
- EZEQ. Mujer es Susana... Hagamos por lo menos como si lo creyésemos... y busquemos el remedio de tan gran mal.
- BEN. El remedio... también lo tengo prevenido... (Se acercan los tres.) Os diré... Al que entra en una finca ajena furtivamente, saltando el cercado, se le puede tratar como á un malhechor...
- EZEQ. Así es... Hay derecho hasta para...
- SIM. Para todo lo que se quiera hay derecho... ¡Un derecho de legítima defensa!
- BEN. Pensándolo yo así, he hablado con los guardas que custodian esta finca...
- EZEQ. Los guardas de la Solanera parecen mozos de pelo en pecho...
- BEN. Sí, resueltos, buenos perros de presa... Y pobres... pobrecillos... En su vida habrán

- visto una moneda de oro... El oro les emociona tanto, que da gozo enseñarles...
- EZEQ. El oro es fuente de emociones para el que más y el que menos...
- BEN. Así lo creo.. Y así lo he probado... Tened confianza en mí...
- SIM. Cuidado, Benjamín, que no se le haga el menor daño a ella...
- BEN. ¿Quién piensa en eso? ¡Ni a ella... ni tampoco!... ¡Asustar... escarmentar... una leccioncita!..
- SIM. Te lo repito ¡cuidado! ¡Y prudencia! ¡Todo legal, todo legal! (Ezequiel y Benjamín se hacen el uno al otro un expresivo gesto.)
- EZEQ. } (A una voz.) No temas.. Somos cautos..
- BEN. }
BEN. } ¿Cosa convenida?... La hora en que nuestra hermana baja al parque ya se acerca... Retirémonos, padre, no conviene que te encuentre aquí... Ya te diremos cuando has de volver...
- EZEQ. Ven, dejémosle el campo libre... (Le llevan a Simón por la izquierda.)

ESCENA V

SUSANA é ISMAEL, por la derecha

- ISM. Sí, el correo de hoy me lo dice.. Mi presencia es necesaria en París; me reclaman nuestros hermanos... Tú conoces mis tareas y mi labor. El Señor la ha bendecido...
- SUS. Malas nuevas para mí. ¡Tenerte aquí, ya lo sabes, me complacía de tal manera! ¡Te necesitaba tanto!
- ISM. No podía yo tampoco encontrarme mejor en ninguna parte que en este retiro, donde mi hermano busca alivio a su mal y yo descanso a mis abrumadores quehaceres... Pero la obligación estricta de no abandonar mi puesto, me llama imperiosamente ya. Soy

- esclavo de mi deber. Saldré en el primer tren mañana temprano. Es nuestra última conversación confidencial. Dí, hija mía... ¿no tienes algo que consultarme... antes de...?
- SUS. Mi venerado tío... sí, algo tengo. . No me había atrevido hasta hoy... Se me figura que lo barruntas.. Tengo un cuidado, una inquietud... una preocupación... Apelo a tu bondad, invoco tu misericordia.
- ISM. Abre tus labios sin recelo... ¡No te azores, que no soy el lobo: soy el pastor, ovejita mía!
- SUS. Ya sabes que fui yo quien te rogó que vieneses aquí cuando pretendían casarme. Y sabes también cual era la condición que había de aceptar al estipularse aquella boda.
- ISM. Lo sé... ¡Tú la rechazaste é hiciste bien! No esperaba otra cosa de tí. ¿Serán capaces de acosarte de nuevo? Resiste, que la voluntad es más fuerte que la fuerza.
- SUS. ¡No es eso... no es eso! Ahora no me acosan. Se ocupan menos de mí; les da en qué pensar el estado de los negocios; quisieran dirigirlos mis hermanos, y no lo consiente el padre... Hay una guerra doméstica... En fin, respecto a mí... ¡Gran trabajo me cuesta! Hasta se me figura que ofendo tu alta dignidad... Pero el que dice lo que siente, no merece ser oído con rigor.
- ISM. Aguardo... Escucho...
- SUS. Dime, Rabí... ¿Crees tú que puede mudarse el corazón; cambiar, por decirlo así, su esencia, y volverse... algo como un corazón nuevo, tierno, de criatura? ¿Lo crees?
- ISM. No te entiendo, Susana.
- SUS. ¡No entenderme tú! Pues es preciso que me entiendas.. ¿Crees que lo arraigado aquí, el árbol de la fe antigua, que parecía que lo llenaba todo, puede ir perdiendo hoy una raíz... mañana dos... y eso sin que lo notemos casi... y que en el sitio de la raíces viejas puedan brotar otras... diferentes.. fres-

- cas... 'más profundas? ¿Que podemos notar que aquello de antes era mezquino, frío, ruin... y lo de hoy es... muy ardoroso... muy completo... en fin, mejor? ¿Es malo sentir así? ¿Tú lo condenas, Rabi Ismael?
- ISM. Poco á poco. Lo que estás contándome, ¿cómo ha sido? ¿Cómo empezó en tí esa transformación?
- SUS. ¿Lo sé yo misma? Esto no debe de tener explicación concreta, categórica. Ha sido, ha sido... una cosa que sucedió allí donde no cabe ni peso ni medida de lo que es.
- ISM. Si no he comprendido mal, lo que se deduce es que tú... no estás ya conmigo, con tus hermanos, con nuestro pueblo israelita. ¿Me engaño? Miralo bien; contesta sin rodeos.
- SUS. No sé qué responder; quisiera no ver severidad en tus ojos. No entiendo lo que me pasa.
- ISM. Quizás lo entienda yo. Y es bien sencillo. Sin que tú misma te des cuenta, el ambiente ha influido en tí; la posición elevada que te ofrecería tu boda con el futuro duque de Altacruz te desvanece y te atrae. Sin poderlo remediar, por instinto de buscar la dominación, eso que nos coloca sobre los demás mortales, nos cegamos y pensamos que cambia nuestro corazón, cuando sólo nos guía la disfrazada soberbia, el interés propio. No es tuya la culpa: te han inducido mi hermano, mis sobrinos... Pero creí que valías mucho más que ellos, Susana.
- SUS. Mira que te equivocas... Los móviles á que atribuyes mi variación, no existen para mí. Ni un instante he pensado en eso. Ni siquiera me cruza por la imaginación la idea de casarme: ya ves...
- ISM. Entonces no adivino...
- SUS. ¿Es posible? ¿Tú, que tienes por oficio guiar las almas? ¿Tan raro es mi caso? ¿Soy el primer espíritu que encuentra estrecho, pe-

- queño, cerrado, el templo en que nació, y busca otro más grande, sin límites?
- ISM. Eso es desvarío. Defiéndete contra la tentación, y la vencerás.
- SUS. Si es que no me parece tentación. Si es que á ratos, hasta se me figura que toda mi vida he sido lo que empiezo á ser ahora. El sentimiento estaba oculto, pero protestaba y quería desbordarse. Tú lo sabes, á tí te lo he repetido: en nuestra familia no se daba culto al Señor, sino al becerro de fundición, al Baal... A él vivíamos sometidos; á él le echábamos incienso; delante de él bailábamos... Y por ahí ha comenzado mi transformación: porque dentro de mí se alzó una protesta indignada contra el despreciable ídolo, y juré que dentro de mí, por lo menos, lo haría pedazos. Y tú también reprobabas el culto del becerro... Lo he oído; la semilla de tus anatemas caía en mi espíritu y germinaba.
- ISM. Así es... yo he solido decirte que mi hermano exageraba la estimación de las riquezas... Estoy conforme; Simón no guardaba mesura. Su castigo fué duro... El Señor es terrible.
- SUS. ¡Eso no! El Señor es piadoso... Y ante el Señor, según yo lo comprendo, no hay nada tan bello como la pobreza. Riqueza, idolatría... palabras que dicen lo mismo.
- ISM. No tanto, no tanto, Susana... La mesura se pierde si nos inclinamos demasiado á los extremos. ¡Entiende bien mi enseñanza! Una cosa es adorar al ídolo, otra negar el valor de las riquezas. Tú no ignoras que Moisés despedazó el ídolo, reduciéndolo á polvo... pero después, ese polvo de oro lo echó en el agua que dió á beber á su pueblo. Y aquel oro en polvo, disuelto, corre por las venas de Israel; y el símbolo es que el oro, incorporado á nuestra sangre, es cosa bue-

na, cosa grata al Señor; que es lícito poseerlo, lícito ganarlo, y que por él, nuestro pueblo y nuestra raza, algún día, se alzarán fuertes, triunfantes en medio de las naciones...

Sus. ¡De tu raza eres al fin! Ya sabía yo que no podríamos entendernos; ya lo sabía, que estas nuevas exigencias de mi corazón, van más allá, mucho más que tu doctrina... Si lo que ha sucedido es eso: no conozco nada más digno que tú, Rabí; te veneraré siempre... pero te he encontrado estrecho, estrecho, y yo necesitaba anchura, espacio, alas, algo que me arrebataste a la mezquindad de la tierra... Eres el límite, Rabí Ismael, eres la cordura... eres la letra... Yo ansío una locura celestial. Reniego de ese oro que quieres mezclar con mi sangre. Pobreza, libertad... ahí tienes lo que reclamo.

Ism. ¿Dices que soy de mi raza...? Vale más eso que renegar... Vé adonde quieras; al fin, has prevaricado; ya no estás con los tuyos.

Sus. Adiós, Rabí; mucho te he querido... No me maldigas.

Ism. Bendecirte no puedo.

Sus. Ni lo deseo yo... No lo tomes á mal, pero no lo deseo... Al empezar esta conversación te creía aun maestro mío. Ahora se me figura que, en mi sencillez, podría enseñarte algo, que tú no has llegado á sospechar siquiera... ¿Por qué no te prestas á ser mi discípulo...? Los niños enseñan á los sabios... ¡Si te convirtieses!

Ism. Basta... Susana, adiós... ¡Adiós por toda la vida! (Vase Ismael por la izquierda.)

ESCENA VI

SUSANA; después PEDRO

Sus. Está hecho lo más difícil. Era él la única persona cuya voz me imponía miedo sagra-

do... Ya no me lo impone... ¡Pedro me espera! Nadie anda por aquí... Vamos... (Oyese dentro, hacia la izquierda, ruido como de ramas rotas y una huida precipitada.) ¿Qué es eso? ¿Quién viene? (Entra Pedro y se deja caer en el banco.) ¡Pedro! ¡Ah! ¿Qué tienes?

PEDRO Nada... No te asustes. Nada; si te digo que nada.

Sus. Y entonces, ¿por qué llegaste hasta aquí? Venías corriendo. ¿Te perseguían? La verdad...

PEDRO Pues sí, me perseguían... ¡Pero no te alarmes!... Eran los guardas... Figúrate que al saltar yo la valla me esperaban en acecho... Si no tengo tan buenas piernas, lo hubiese pasado mal. ¡Ah! He corrido como un gamo. ¿A qué fanfarronadas? Será cobardía, pero no les hice frente; no traigo arma ninguna y no tengo ganas de morir, porque tú me quieres... y, además, porque perecer así, en una emboscada, á manos de tus servidores... ¿Qué dices? ¿Querían matarte? ¿Morir? ¿Tú, mi bien, tú? ¿Qué hicieron? ¡Miserables! Dímelo todo... todo..

PEDRO ¡Bah! Hicieron lo natural... no hay que asombrarse. Claro es que yo contaba con eso un día ú otro... Saltar la cerca, meterme en la propiedad de tu padre... era un atentado... Los guardas, después de todo, han cumplido su obligación.

Sus. ¿Dispararon?

PEDRO Y de cerca.

Sus. ¿Estás herido? ¿Estás herido?

PEDRO No, tranquilízate, no estoy herido... La bala no hizo más que chamuscarme el pelo... mira... aquí.

Sus. ¡La bala! Si nunca llevan bala en las escopetas... Perdigones, es la costumbre..

PEDRO Pues bala era... Soy cazador, y en eso no me engaño... En fin, el caso es que no me han acertado; alegrémonos. ¡No pienses más

Sus. en esa tontería! ¡Cómo tiembles! ¡Y cómo me gusta que tiembles por mí!
¡Pedro de mi vida! No me aparto de tu lado... No te tocarán.

ESCENA VII

DICHOS, BENJAMÍN, EZEQUIEL, SIMÓN é ISMAEL. Ezequiel da el brazo á Simón

BEN. Acércate, padre.. Si no puedes verlo con tus ojos, puedes tocarlo con tus manos.. Ex-tiéndelas... Ahí está mi hermana, y con ella, ese hombre.

SIM. (Avanzando.) ¡Maldecido sea! (Les toca.) Ven... Susana... Retírate conmigo... Yo te lo mando.

SUS. Nadie me hará separarme de él. Si disparan otra vez, la bala hará blanco en los dos.

PEDRO. (Desviándola dulcemente.) No, si no es menester que me defiendas, niña mía... Aquí estoy, á disposición de los señores de Leyva. ¿Qué tienen ustedes que decirme?

SIM. ¿Quién eres? Creo reconocer tu voz.

PEDRO. Soy Pedro de Torrellas..

SIM. ¡Malvado, viniste aquí para robarnos la honra de mi hija!

PEDRO. Su honra no, se engaña usted; la quiero demasiado y se ha confiado demasiado á mí para que yo la robase la honra... He robado, eso sí, algo de más valer, su cariño... Y robarlo, tampoco. Cuando nos regalan una joya, no puede decirse que la robamos.

BEN. No procede aquí esa explicación; ahí dentro, si nos acompaña usted...

SUS. Guárdate de ir con ellos: les conozco, te prepararían otra emboscada... Y déjame á mí que ponga en claro el asunto... Esto me corresponde. Me han hecho un bien muy grande estos enemigos nuestros; me han quitado todo temor... Que lo sepan.. Que lo

vean, que no lo duden... (Acercándose á Pedro y reclinándose en su pecho.) Ya no nos separará muralla ninguna. Iré á donde tú vayas; tu patria será mi patria, tu Dios será mi Dios. ¡Ya lo es!

PEDRO. (Con alegría inmensa.) ¿Es cierto, Susana? ¿Es cierto? (Susana dice que sí con la cabeza.) Pues bien, alma mía... aunque aparto del tuyo mi cuerpo, acerco mi corazón... Eres mi prometida... y desde ahora te llamo María, que era el nombre de mi madre.. Y vendrás á mi casa como ella vino: sin traer contigo más oro que el de tu anillo de boda.

SUS. Así será... No tardaré, esposo.. Y antes de que caiga la noche, encubridora de las maldades, voy á guiarte hasta la verja; conviene que salgas por la puerta principal, donde nadie tenga derecho á atentar contra tí..

PEDRO. Ven, María... acompáñame. (Se van juntos y enlazados por el foro.)

ESCENA VIII

SIMÓN, SAMUEL, EZEQUIEL, BENJAMÍN

SIM. ¡Ciego segunda vez! ¡Pierdo á mi hija! ¡La pierdo!

EZEQ. } Te quedamos nosotros...

BEN. } ¡Ese es mi castigo!

SIM. } Ahora veo cuál era el espíritu nuevo de Susana... Se llamaba amor... Y yo, necio de mí, que pretendía luchar con él!

FIN DE LA COMEDIA